

á su padre y por lo mismo, inclinándose respetuoso salió de la estancia y del palacio con lágrimas en los ojos.

Al día siguiente partía para Sevilla donde no tardó en enlazar su suerte con la de la hermosa, de la cándida Yocunda.

Interin, su padre, que habia marchado á Cataluña, echó los cimientos de una ciudad á la cual, cumpliendo con su promesa, puso por nombre *Recopolis* ó *Recapolis*, palabra compuesta de *pollis* ciudad, y *Reca* sincopa y radical del nombre Recard. Mas tarde, abandonó este nombre para llamarse Ripoll, que no fué mas que la contraccion de Recapolis, acabando por pronunciarse de aquel modo á medida que con el latin se vino á crear el romano vulgar á que pertenece la lengua de nuestro suelo.

Dios quiso que el presagio de Hermenegildo se cumpliera. Para hacerlo ver nos contentaremos con narrar simplemente los hechos.

Leovigildo recibió con ira la nueva del casamiento de su hijo con la católica Yocunda, y tanto se exasperó y tanto fué lo que le cegó la cólera, que envió un embajador á Sevilla para decir á los dos nuevos esposos que les haria matar como no dejasen la fé católica (1). No cedieron á esta amenaza los dos esposos, antes bien continuaron firmes en su digno camino. Mas como su padre repetia con frecuencia el mandato y aumentaba las amenazas, decidieron defenderse con las armas, para cuyo fin Hermenegildo se hizo fuerte en la ciudad de Sevilla, haciendo alianza con los romanos.

Enfurecido mas y mas con esto su padre Leovigildo, envió un poderoso ejército contra él y le sitió en Sevilla desde donde, preso á traicion, fué llevado á poder de su bárbaro padre y encerrado en una estrecha cárcel de Tarragona. Allí le hizo tener con grillos y en el cepo, y allí, viendo que resueltamente no queria abandonar la fé católica que habia abrazado, hízole un día matar infamemente por un emisario llamado Gisberto.

Hermenegildo murió bendiciendo á su padre que le daba la corona del martirio interin la Iglesia le adjudicaba mas tarde la de santo.

La sangre de Hermenegildo, derramada en testimonio de la fé católica, fué como un arroyo que fecunda un campo. Su muerte produjo un efecto contrario al que su padre esperaba. Los católicos abundaron desde entonces y á tal extremo llegó el sentimiento de la muerte del santo rey de Sevilla, que poblaciones enteras se convirtieron y hasta el rey Léovigildo se hizo católico, siguiéndole en pos todos los visogodos y el mismo Recaredo, que tan firme columna debia ser de los católicos altares.

(1) Pujades.

Tambien se cumplió el presagio de Hermenegildo tocante á la ciudad levantada en honor de Recaredo y de los arrianos. Si bien por el pronto quedó olvidada, con todo, al renacer el catolicismo fué en su suelo donde se vió levantarse soberbio uno de los mas firmes baluartes de la fé, una de las casas de oracion mas célebres y conocidas, y desde entonces hasta el día no ha habido en el orbe quien haya ignorado la existencia y grandeza del famoso monasterio de Santa María de Ripoll de que vamos á ocuparnos.

III.

LA GRANJA DE CARLO MAGNO.

CUANDO Mahomet, el rey de Gerona, supo que Carlos el grande se acercaba, subió con su privado, el francés renegado Vifrio, á una de las mas altas torres de la ciudad.

Vieron desde allí una estension inmensa, y por entre los árboles y las plantas unas estrañas máquinas de guerra que movian sus brazos.

Mahomet, el cobarde rey moro, se puso á llorar amargamente.

— Porque lloras, rey? — preguntó Vifrio.

— Ay! ay de mí! Carlos, el terrible gigante de los cristianos viene con estas máquinas.

— No, respondió Vifrio, todavia no viene.

Al cabo de unos momentos de silencio, Mahomet vió llegar una tropa inmensa de soldados que parecia una nube de langostas caída sobre los campos.

— Ay! ay de mí! ahora sí que llega Carlos el grande. Viene triunfante entre esos soldados.

— No, todavía no viene, — murmuró Vifrio con voz un poco sombría.

— No? — preguntó entonces inquieto Mahomet, — pues que podremos hacer si se presenta con un número mayor de guerreros?

— Defendernos, — dijo Vifrio.

— Y qué haremos con la defensa?

— Morir.

El rey moro se calló y bajó la cabeza.

Pasados otros instantes de silencio, vióse llegar el cuerpo de guardias y de ballesteros reales.

— Ay! ay de mí! ahora sí que es Carlos el grande.

— Todavía no viene.

— Qué será de nosotros, Vifrio?

— Lo que él quiera, rey Mahomet.

Tras de los batallones iban los obispos, los abades, los sacerdotes de la casa real y los condes.

Mahomet vió decididamente venir con ellos á Carlos y exclamó en un paroxismo de terror:

— Oh! Vifrio, bajemos y escondámonos en las entrañas de la tierra lejos de la vista y del furor de un tan terrible enemigo.

Pero Vifrio, aunque temblando porque sabia por esperiencia lo que eran la fuerza y el poder de Carlos, le detuvo, seguro de que no estaba aun entre aquella tropa y le dijo:

— O rey! cuando veas las mieses agitarse en los campos y encorvar sus espigas como ante el soplo de una tempestad, cuando veas los dos rios que aquí cerca se cruzan, inundar los muros de nuestra ciudad con sus aguas teñidas de sangre, cuando oigas resonar un rumor lejano que irá acercándose terrible como el trueno, entonces podrás creer que Carlos el grande se adelanta.

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras cuando se empezó á reparar en direccion del camino de Francia, una nube tenebrosa. En seguida, el dia que era puro y claro, se cubrió de sombra. Luego, de en medio de esa nube el brillo de las armas hizo lucir para los sitiados un dia mas oscuro que toda la noche. Entonces apareció Carlo Magno, el mismo Carlo Magno, ese hombre de hierro, cubierta la cabeza con un casco de hierro, metidas las manos en sus guantes de hierro, su pecho anchísimo y sus robustas espaldas defendidas por una coraza de hierro, su mano izquierda armada de una lanza de hierro,

— porque la derecha la tenia siempre apoyada en el puño de su espada — las piernas cubiertas de hierro, sus botines... qué diremos de sus botines? todo el ejército estaba acostumbrado á llevarles de hierro; en su broquel no se veia mas que hierro, su caballo mismo era de color de hierro, todos los que precedian al monarca, todos los que marchaban á su lado, todos los que le seguian, todo el grueso de su ejército, tenian armaduras de hierro; el hierro cubria los campos, el hierro los caminos; las puntas de hierro reflejaban los rayos del sol, y todo este hierro tan duro, era llevado por un pueblo de corazon tan duro como el hierro. El brillo del hierro esparcia el terror por las calles de la ciudad, y todos se pusieron á huir espantados gritando: Cuanto hierro! ay! ay! cuanto hierro! (1).

Como dijera Vifrio, el ejército formaba un ruido que se iba aproximando como el trueno lejano que majestuoso rueda por la bóveda celeste.

— Ahora sí, ahí le tienes, ó rey, ahí tienes á Carlos el grande, — dijo el privado.

Y Mahomet cayó de rodillas murmurando:

— Perdido soy.

Y perdido fué.

Susurrante como un enjambre, el ejército de Carlo Magno envolvió las murallas de Gerona; la ciudad se engulló toda aquella nube de hombres de hierro que se lanzaron por sus calles hiriendo y matando, apoderándose de todo, destruyéndolo todo.

Ya Mahomet no era rey de Gerona.

Como una sacudida de viento se lleva un árbol al que arranca al pasar de sus raices, una nube se habia llevado su trono.

Concluida estaba la historia del reinado de Mahomet. La espada de hierro de Carlo Magno habia hecho la cruz en la última página.

Ganada Gerona, Carlos el grande montó á caballo y con él sus hombres de armas. Pusó en la ciudad un conde feudatario y pensó en nuevas conquistas.

Por esto se dirigió, seguido de sus magnates, por las orillas del Ter y al paso iba estendiendo la espada por las campiñas diciendo solo:

— Esto es mio.

Y los moros que habitaban los pueblos caian de rodillas pálidos y trémulos, murmurando:

— Esto es tuyo!

(1) Este párrafo es traducción del monje de Saint Gall, cuyo estilo se ha procurado imitar en algunas partes del capítulo.

Al paso del ejército, asomaban las cabezas por entre los bosques y por las bocas de las cuevas, unos hombres de rostros macilentos, de cabellos lacios, medio desnudos, desfallecidos, especie de hombres salvajes. Al ver cascos en vez de turbantes, espadas en vez de cimitarras, al ver grabada la cruz en los pendones, todos aquellos hombres se estremecían de júbilo, se abrazaban llorando, caían de rodillas, besaban la tierra, alzaban al cielo las manos, se entregaban en fin á todos los extremos del placer mas frenético y delirante.

Eran los cristianos, los que huyendo un día de las moriscas huestes habían ido á buscar un asilo en las grutas y en los riscos, donde rogaban á Dios para que llegara cuanto antes el día de la ansiada libertad.

Carlos el grande vióse de pronto detenido en su camino por las ruinas de la que con el tiempo juzgó debía haber sido una gran ciudad. Detúvose y preguntó qué escombros eran aquellos.

— Los de Recopolis — le contestaron.

Entonces Carlos el grande se apeó de caballo y quiso detenerse un momento para honrar las ruinas de la ciudad donde había morado el primer rey católico de España. Aquellos amontonados escombros hablaban al corazón de Carlo Magno, el firme propagador de la fé de Jesucristo; le hablaban sobre todo por cada resto de edificio, por cada trozo de columna, de Recaredo, el rey santo, hermano de santo, hijo de santa y sobrino de santos.

Sus guerreros se mantenían apartados, respetando sus meditaciones. De pronto, viéronle levantarse de la piedra en que estaba sentado, dar inquieto un paseo por entre las ruinas, y aun hubo quien entonces le oyó decir:

— Un rey católico no debe pasar por aquí de largo si antes no ha levantado á la ley de Cristo un monumento.

Al revolver de un monton de piedras, Carlos siguiendo su visita por las ruinas, se encontró con un hombre, un anciano de talar ropaje atado á su cintura por una grosera cuerda, de barba blanca que le caía hasta el pecho, de frente calva y de encorvado talle.

Ambos se detuvieron sorprendidos y asombrados. El eremita miró con espanto á Carlos el grande; Carlos el grande miró con respeto al eremita.

— Quien sois y que venís á buscar en la mansion de las ruinas? — preguntó por fin el anciano.

— Soy un guerrero de la fé, — contestó modestamente Carlos, — que recorre la tierra llevando la cruz en triunfo.

— Santa mision y santa carga! — contestó el anciano. — Y la recorreis solo?

— Mirad por encima de esas piedras, — dijo Carlos. — Qué veis?

— Jesus nuestro Salvador me valga! — murmuró el solitario habitante de Recopolis, — si mi vista fatigada no me engaña, veo lucir un mar de cascos y de lanzas á los rayos del sol.

— Son de los compañeros que recorren conmigo el mundo.

— Pero entonces quien sois vos que llevais tan grande comitiva?

— Soy un monarca que acaso no habeis oido nombrar nunca. Me llamo Carlos.

— Bienvenido seais al suelo de Recopolis! Aquí tambien hubo algun dia un rey que tenia grandes ejércitos y que tremolaba la cruz en sus estandartes.

— Y á vuestra vez, anciano, decidme ahora: quién sois?

— Un pobre eremita.

— Vivis solo?

— Con cuatro compañeros.

— Y qué haceis aquí?

— De dia labramos unos campos vecinos, de noche nos refugiamos en unas modestas viviendas que nos hemos edificado con las piedras de las ruinas. Dios es todo nuestro consuelo y, aparte de nuestras labores, ciframos todo nuestro conato y pasatiempo en alabar al Señor, en celebrar los divinos oficios en el hueco de una roca como mejor podemos, y en cumplir con los deberes que nos imponen nuestro voto de castidad y de religion y nuestros deseos de sacrificar-nos á Dios.

— Y jamás os han hallado los moros?

— Nunca.

— Ni nada sabeis de lo que pasa en el mundo?

— Nada. Para que necesitamos saber? Nosotros solo queremos adorar á Dios en el silencio y la soledad.

— Decidme, digno anciano, quereis presentarme á vuestros compañeros?

— Porque no? Seguid mis pasos.

Y Carlo Magno siguiendo al eremita atravesó las ruinas que abandonaron al llegar al extremo opuesto. Cruzaron una poblada alameda, y viéronse en un campo donde trabajaban los cuatro compañeros del anciano.

Los cuatro dejaron su tarea para contemplar con asombro al extranjero que les fué presentado por su hermano.

Carlos el grande comenzó una conversacion con aquellos cinco varones, ancianos todos, todos de barba blanca, y bien pronto hubo trabado estrecha amistad con ellos.

Ninguno conocia á Carlos ni habia oido hablar jamás de su nombre y sus

hazañas, tal era la soledad en que vivían, el aislamiento completo en que se hallaban. Carlo Magno les contó su reciente triunfo sobre Mahomet el rey moro de Gerona, les dijo como en los baluartes de esta ciudad tremolaba ya su enseña de la cruz y como allí había dejado el encargo de fabricar templos suntuosos y vastos monasterios, y entónces los cinco solitarios de Recopolis se arrodillaron para alzar un himno de gracias al Señor, para alabar á Dios que había enviado á sus hijos un salvador y un vengador en Carlo Magno.

Este se arrodilló y oró con ellos.

Terminado su rezo, los eremitas enseñaronle sus útiles é instrumentos de labranza, le contaron como pasaban el dia partiéndolo entre el rezo y el trabajo, le acompañaron á sus humildes chozas donde quiso participar de su frugal comida, habláronle con una sencillez verdaderamente encantadora de sus costumbres modestas, y por fin hicieronle entrar en una retirada gruta en la que, sobre varias piedras unidas en forma de altar, vió alzarse una imájen de la Virgen soberana.

Carlo Magno dobló la rodilla ante aquel sencillísimo altar y oró con todo su fervor cristiano, llamando la bendición del cielo sobre aquellos cinco solitarios moradores de las ruinas que allí, sacerdotes y agricultores, se entregaban á la vida tranquila y sosegada de la contemplación mas pura, de la fé mas cándida.

Cuando hubieron salido de la gruta, que era el templo de los eremitas, el monarca se volvió á ellos, y les dijo:

— Me encanta vuestra humildad, me seduce vuestra vida. En cambio de la hospitalidad que me habeis tan franca y cordialmente dado, permitidme, ancianos, que haga algo por vosotros. Cinco sois los solitarios que guardais las ruinas de la santa Recopolis, cinco solos los que os postrais cada mañana y cada tarde á los piés de la imájen de la Virgen á la que alzais vuestros matinales y vuestros vespertinos cánticos; pues bien, yo haré que vuestro número crezca, yo haré que vuestra gruta se transforme por el pronto en una granja para que convertirse pueda luego en un famoso monasterio, y haré en fin, todo ayudado del favor de Dios, que vuestra excelsa patrona sea una de las mas veneradas en el orbe cristiano.

Y al oír estas palabras, los eremitas besaron con lágrimas de júbilo los piés del monarca y murmuraron.

— Así lo quiera Dios!

Carlo Magno, á quien le precisaba partir, dejó á los eremitas varias sumas de dinero con que pudieran proveerse de lo mas necesario, é hizo que allí se quedára parte de su gente para levantar la granja, interin él daba la vuelta y

comenzaba la obra del monasterio. Cuando lo tuvo dispuesto y hubo visto empezar los trabajos, se despidió llorando de los cinco ancianos con quienes había pasado tan dulces instantes, y encomendándoles que rogaran por el triunfo de sus armas, partió no sin haber anteriormente solicitado de ellos que seguirían, cuando estuviesen reunidos en comunidad, la regla de San Benito, del famoso y virtuoso anacoreta de Sublac.

No olvidó jamás el monarca las horas deliciosas que había visto transcurrir en las ruinas de la ciudad de Recaredo, y si bien no dió la vuelta como esperaba, fué porque nuevos ó importantes acontecimientos hubieron de impedirselo.

El valle de Amer presenció una de las mas grandes victorias de Carlo Magno, Gerona se rindió á su presencia, los moros de los pueblos y de las montañas cayeron de rodillas á su aspecto, y los régulos de Barcelona, de Huesca y Zaragoza, temblando al ver que se les acercaba aquel hombre de hierro con su ejército de hierro, se apresuraron á enviarle embajadores rogándole se dignase recibirles por sus vasallos.

Todo pues se humillaba ante el vencedor. Valles y montañas, pueblos y ciudades, reyes y soldados, todo celebraba y todos repetían el nombre de Carlo Magno.

En lo mejor de sus triunfos, el monarca tuvo noticia de que se le habían rebelado ciertos vasallos de Austria, Hungría, Sajonia y Lombardía, y esto le obligó á marchar de España para ir á arredrar con su presencia á los rebeldes y hacerles doblar la frente ante su cetro de hierro.

He ahí porque no volvió por el pronto como había prometido á las ruinas de Recopolis, pero envió un mensajero á los eremitas para atender á todo lo que necesitasen y darles en su nombre el ósculo de salud y bienandanza.

El mensajero halló ya construida la granja ó casa de labranza de la que tomaron posesion los ancianos, quienes, conforme á los deseos de Carlo Magno, siguieron la regla de San Benito, si bien no vivían en perfecta comunidad ni en completa clausura, pues que esperando que les cambiase el monarca su granja en monasterio, eran en el entretanto mas bien agricultores que sacerdotes.

Nobles y dignos varones! toda la comarca les bendecía y les admiraba por sus virtudes, y ellos cada dia se postraban á los piés de la imájen de la Virgen para pedirle en coro triunfos y mercedes para Carlos, el fundador de la granja de Recopolis.

Pero, ay! apenas Zato, Baluch y Aza, los tres reyes moros que prometieron fidelidad al hombre de hierro, le vieron pasar de regreso á Francia los Pirineos,

faltaron á su palabra , rebeláronse como traidores infames , pusieron numerosos ejércitos en campaña , y Gerona volvió á poder de los moros , y en sus manos cayeron los demás pueblos , y los condes gobernadores tuvieron que retirarse con sus ejércitos hasta Aquitania , y á los pobres é indefensos cristianos no les quedó otro recurso que morir segado el cuello por la corva cimitarra para resucitar mas tarde con la triunfante palma , coronados mártires.

Todas las esperanzas cayeron entonces como caen los árboles en un día de huracan; los templos fueron destruidos , taladas las campiñas , las casas de los cristianos incendiadas , las familias degolladas y las imágenes... las imágenes solas se salvaron , pero era porque habian desaparecido. Hubiérase dicho que antes de verlas profanadas , Dios habia querido que se las tragara la tierra.

Con la ausencia de Carlo Magno , la morisma triunfaba.

La granja de Recopolis sufrió el mismo destino que los templos. A la luz de las llamas que la devoraban , los moros degollaron á los cinco venerables eremitas que en ella moraban. Nada se salvó allí , nada fué allí respetado.... solo tambien la imagen sagrada de la Virgen se libertó de la destruccion , del incendio y del saqueo ; era que como las de otras iglesias habia desaparecido.

Triunfante en todo su imperio , Carlo Magno se apresuró á regresar ; su ejército de hierro volvió á hacer temblar el suelo , los pueblos se le entregaron , las ciudades le abrieron sus puertas , Gerona se le humilló por segunda vez.

Llevadas á cabo sus primeras conquistas y sus primeros triunfos , Carlo Magno corrió á la granja de Recopolis.

Era un monton de ruinas.

En seguida mandó empezar la construccion del monasterio prometido.

Y he ahí como vemos ahora que se llevaban á cabo todos los presagios del santo hijo de Leovigildo.

Mandó Carlos el grande hacer las mayores diligencias para encontrar la imagen de la Virgen desaparecida , pero fueron inútiles. No pudo encontrarse : solo los cinco solitarios sabian el punto donde la escondieron y los cinco solitarios habian pasado á ser mártires.

El glorioso monarca tuvo pues el disgusto de comenzar la entonces pequeña fábrica del monasterio , sin poder colocar en respetuosa capilla la patrona de los eremitas á la que habia elevado fervientes preces y á la que confesaba deber parte de las victorias alcanzadas desde entónces.

Así es que cuando regresó segunda vez á Francia , encargó tan caros objetos á sus condes gobernadores , y reiteróles en particular la necesidad de no

retroceder jamás y la memoria que debian hacer de sus promesas , para cumplirlas cuando la ocasion se presentase.

No burlaron en verdad tal esperanza los condes gobernadores , pues su constancia se fué transmitiendo de padre á hijo y hubo de llegar en fin el dia en que pudo quedar satisfecha la voluntad del santo emperador.

IV.

LA VISION DE WIFREDO EL VELLOSO.

VEAMOS como.

Carlos el grande habia muerto. Como nada prescribiera sobre su sepultura , se vaciló sobre el lugar en que debia enterrársele , y por último se escogió para eterno y último palacio del hombre de hierro , del gigante de las batallas , del rey de las leyendas , la magnífica capilla que hiciera construir en Aix con invocacion de la Virgen; fué bajado al panteon revestido del cilicio que habitualmente llevaba y por encima de este cilicio de su traje imperial , ciñéndole al lado su formidable espada , aquella espada con que partia en dos un caballero , todo vestido de hierro. Sentósele en un trono de mármol , su corona en la cabeza , su libro del evangelio abierto sobre las rodillas , y sus dos piés sobre el cetro y el broquel de oro bendecidos por el papa Leon ; colgose de su cuello una preciosa cadena que sostenia una esmeralda hueca donde se encerraba un fragmento de la vera cruz , se arrojó sobre sus hombros su manto real y se suspendió á su cinto el gran bolsón de peregrino que acostumbraba llevar en sus viajes á Roma. En fin , luego que se hubo perfumado el sepulcro , luego que lo hubieron empedrado de piezas de oro , cerrose la puerta de bronce , que se tapió , y elevose sobre la tumba un arco triunfal en el que se grabó su nombre.